**Quiero ser libre**

*Barcelona, 1957. Javier y Arcadia experimentan dificultades en sus relaciones de*

*matrimonio.*

*Habla Javier*.

—Pero tienes que comprender que yo salgo todas las mañanas para ir al trabajo.

—¿Y por qué no añades, «tú que no haces nada en todo el día»? Es lo que te falta

por decir, porque tal vez habrás olvidado que no trabajo para no escandalizar a tus

padres, burgueses anticuados donde los haya, incapaces de comprender que una mujer tiene derecho a su trabajo y a su independencia económica sin los cuales nunca será libre. Es esta libertad la que no quieren conceder porque todavía creen, y a lo mejor tú también lo crees, que, como dice el cura a todas horas, la mujer pertenece al marido como el marido pertenece a su iglesia y que el lugar de la mujer casada es su casa o cualquier otro sitio donde acompañe decentemente a su marido. Sí, esto es lo que dicen —repitió, roja de indignación—. ¿O crees que me gusta tener que practicar y estudiar en la soledad de mi cuarto sin poder asistir a clases y a ensayos1, esperando no se sabe qué ocasión para plantearles a tus padres que mi carrera, mi trabajo, mi oficio es la música, tocar la viola, que para eso los míos me hicieron comenzar a estudiar cuando apenas tenía

cinco años? […]

No nos detuvo ni la cena, ni las noticias en la televisión que acabábamos de comprar y que parecíamos ser los únicos en tener, esta vez sí, el uno frente al otro, pero arañándonos las palabras y pisándonos los argumentos como si en ello nos fuera la vida, hasta que, agotados de oírnos, caímos en un silencio profundo y tenso.

Rosa Regás, *Música de cámara*, 2013

**El descanso de Marisa**

Entraba a trabajar a las nueve, pero el despertador sonaba a las seis y media. Diez

minutos para espabilarse1, cinco en el baño, y estallaba la guerra. En hora y media

preparaba el desayuno, levantaba a su marido, desayunaba a toda prisa y

empezaba con la comida (…). El segundo *round,* leche caliente, cacao soluble,

tostadas para uno, cereales para el otro (…). Mientras preparaba los bocadillos para el recreo, la olla rápida ya había empezado a pitar. ¿Otra vez lentejas?, preguntaba alguno, pero ella contraatacaba implacablemente, ¿llevas todos los cuadernos?,

¿hoy te toca gimnasia?, ¿has cogido el dinero para la excursión? Luego los abrigaba

bien, les daba muchos besos y gritaba las últimas instrucciones, acordaos de que

hoy va la abuela a buscaros, no salgáis tarde, haced los deberes, que si no, me

enfado… Cuando bajaban las escaleras trotando en pos de3 su padre, que los

dejaba en el cole antes de ir al trabajo, Marisa volvía a su dormitorio, se ponía la

ropa que había dejado preparada la tarde anterior, cogía el bolso y salía pitando.

Esa operación, que tenía perfectamente cronometrada, rara vez le llevaba más de

cinco minutos. Después se pintaba en la parada del autobús, en el autobús o en el baño de la primera planta. Y a las nueve en punto de la mañana entraba en su

despacho como una campeona.

Cuando empezaba a trabajar, ya estaba cansada.

Almudena Grandes, *El País Semanal*, 16.06.2013